

XXIII

Un dolor agudísimo sacudió todos los miembros de Vinicio, despertándole de su letargo. Se esforzó en recordar todo lo que le había sucedido, sintiendo horrible confusión en su cerebro, como si una espesa niebla se extendiese ante sus ojos. Poco á poco parecía iluminarse su mente y distinguió tres figuras, inclinadas sobre su lecho. Dos le eran conocidas: Ursus y el viejo que había intentado obstruirle el paso en el momento del rapto. El tercer personaje, para él completamente desconocido, le restregaba el brazo izquierdo, desde el codo hasta el hombro, produciéndole un dolor tan vivo, que, creyendo que en esa forma se vengaban de él, murmuraba entre dientes: «¡Matadme!» Pero ninguno le respondía, fuese porque no le oían ó bien porque interpretaban sus palabras como lamentos que le arrancaba el dolor. Ursus, con su rostro de bárbaro, serio y tímido á un tiempo, tenía en sus manos un pedazo de tela, con el cual formaba largas vendas.

El viejo, vuelto hacia el hombre que curaba el brazo al enfermo, preguntó:

— Glauco, ¿estás seguro de que la herida de la cabeza no es mortal?

— Sí, respetable Crispo, respondió Glauco. Cuando era esclavo en una galera, y más tarde en Nápoles, curé á muchos heridos, y con el dinero ganado pude rescatarme á mí y á mi familia. La herida en la cabeza no ofrece grave peligro. Éste, dijo señalando á Ursus, después de arrancar á Licia de los brazos del joven, le empujó contra el muro; al caer, él extendió el brazo para sostenerse y se lo rompió.

— Curando á muchos de nuestros hermanos has adquirido fama de médico inteligente, y por esto te mandé á buscar por medio de Ursus.

— Ursus, que ayer por el camino confesó que había querido matarme.

— También me confesó á mí su propósito. Pero yo te conozco y conozco tu amor á Cristo, y fácil me fué convencerle de que no debías ser tú el traidor, sino el desconocido que trató de inducirle á cometer el asesinato.

— Fué un espíritu maléfico, á quien yo creí un ángel, dijo Ursus suspirando.

— En otra ocasión me lo contarás todo con detalles; ahora debemos ocuparnos de este herido.

Después volvió á restregar el brazo. A pesar de que Crispo no dejaba de rociar con agua el rostro de Vinicio, éste volvió á perder el sentido. Glauco ató el brazo entre dos tablillas para privarle de todo movimiento.

Terminada la operación, Vinicio recobró el conocimiento y vió á Licia junto á su cama, sosteniendo una escudilla en la que Glauco mojaba de cuando en cuando una esponja para humedecer la frente del herido.

Vinicio no podía explicarse lo que veía. Creía que soñaba, que deliraba. Al cabo de mucho rato pudo balbucear:

— ¡Licia!

Al sonido de aquella voz, la escudilla tembló en las manos de la joven, que, contemplando tristemente al herido, exclamó suspirando:

— ¡La paz sea contigo!

Fijaba tenazmente su mirada en Licia para que en su pupila quedase impresa la imagen, por si aquella visión desaparecía. Contemplaba aquel rostro, más pálido y delgado que antes, su hermosa cabellera y el traje de mujer del pueblo que vestía su amada, cuya frente enrojeció bajo el fuego de aquellas ardientes miradas. Juraba amarla siempre y se atribuía la culpa de aquella miseria y de aquella palidez, reconociendo que era él quien la había sacado de aquella casa donde todos la amaban, donde la rodeaban de cuidados y ternuras, que era él quien la había arrastrado hasta aquel antro obscuro y la había vestido con aquellas ropas tan pobres.

Hubiera querido ofrecerle los vestidos más hermosos, cubrirla de perlas y diamantes. La angustia, la sorpresa, el remordimiento y la compasión le asaltaron con tanta fuerza, que se hubiera arrojado á los pies de Licia á no impedirle su estado todo movimiento.

— ¡Licia, dijo, no quisiste que me mataran!

— ¡Que Dios te conceda la salud!, respondió con dulzura.

Vinicio, que no podía olvidar todo el mal que le había causado, escuchó aquellas palabras como una música divina. Olvidó por un instante que sólo la doctrina cristiana inspiraba á Licia el perdón; oía que así le hablaba su amada; que vibraban en su respuesta una ternura y una bondad que reanimaban su espíritu. Pero al mismo tiempo se sentía abatido por la emoción, como antes por el dolor; le parecía que rodaba hacia un abismo; pero la caída era plácida y deliciosa. Una divinidad velaba á la cabecera de su lecho.

Glauco, después de lavar la herida de la cabeza, la había untado con un bálsamo. Ursus cogió la escudilla que tenía Licia, y ésta acercó á los labios del herido un cáliz que contenía agua y vino.

Vinicio bebió con gusto y se sintió aliviado.

— ¡Quiero beber más!, exclamó.

Licia entró con el cáliz en la habitación vecina, mientras Crispo, después de un breve coloquio con Glauco, acercándose al lecho, dijo:

— Dios no ha permitido, Vinicio, que cometieras una mala acción. Él te ha dejado con vida para que puedas enmendarte. El, ante el cual todos somos polvo, te puso inerte en nuestras manos. Pero Cristo, á quien veneramos, nos ordena amar hasta á los enemigos, y por esto hemos curado tus heridas y rogamos á Dios que te conceda la salud, como dijo Licia. Mas ahora debemos separarnos; la paz sea contigo. Piensa si te conviene aún perseguir á Licia. La has privado de sus custodios y á nosotros de nuestro techo. Con todo, te volveremos bien por mal.

— ¿Queréis abandonarme?

— Debemos dejar esta casa, donde los guardias del prefecto de la ciudad podrían encontrarnos. Tu compañero fué muerto; tú, poderoso patricio, has sido herido y no por nuestra culpa. El peso de la ley, sin embargo, caería sobre nosotros.

— ¡No temáis la persecución!, respondió Vinicio. ¡Yo os protegeré!

Crispo hubiera querido añadir que no sólo se trataba del prefecto, sino también de Vinicio. Su intención era esconder á Licia en lugar seguro.

— Señor, repuso, toma una tabla y un estilo; escribe á tus esclavos que vengán á buscarte con una litera. Tu casa te ofrecerá más comodidades que las que podemos proporcionarte con nuestra indigencia. Nosotros habitamos aquí, al lado de una pobre viuda, que pronto regresará con su hijo. El muchacho llevará tu carta; pero nosotros debemos buscar otro refugio.

Vinicio comprendió claramente que querían separarle de Licia, y temió que iba á perderla de nuevo para no encontrarla jamás. Cruzó por su mente la idea de prometer que conduciría á Licia á casa de Pomponia. Pero ¿qué crédito habían de merecer sus promesas? ¿Por qué no lo había hecho antes? En vez de perseguir á Licia, podía presentarse á Pomponia y jurarle que abandonaría sus propósitos, y entonces la misma matrona hubiera hecho entrar otra vez en la casa á su hija adoptiva. Pero ¡no!, ninguna promesa, ningún juramento hubieran persuadido á Pomponia, mucho menos haciéndolo un pagano como él, que no podía jurar más que por los dioses inmortales, en los que no creía gran cosa y que á los ojos de aquella mujer aparecían como espíritus maléficos.

Torturaba su imaginación buscando un medio para retener á Licia y á sus custodios. Escasos eran los minutos; su corazón anhelaba contemplar aquella imagen adorada, por lo menos durante algunos días. Como el náufrago que se agarra á cualquier madero esperando su salvación, así Vinicio creía que en aquellos pocos días podía surgir algo maravilloso que le acercase á Licia. Por esto dijo:

— ¡Escuchadme, cristianos! Ayer me hallaba entre vosotros en el Ostriano y allí conocí vuestra religión. Vuestros actos me demostraron que sois honrados y buenos. Dejad que la viuda siga viviendo en esta casa, permaneced en ella vosotros y permitidme que me quede yo también. Este hombre, y señaló á Glauco, que es médico, ó por lo menos sabe curar las heridas, puede decir si es posible que hoy se me traslade á mi casa. Estoy enfermo, tengo el brazo destrozado y debo permanecer inmóvil algunos días. Declaro, pues, que no abandono esta vivienda, á menos que vosotros me arrojéis á viva fuerza.

Le faltó el aliento y calló. Crispo dijo entonces:

— Nosotros no te obligamos, queremos únicamente estar en sitio seguro.

El joven tribuno, poco acostumbrado á que se le contradijera, arrugó el entrecejo, exclamando:

— ¡Dejadme cobrar aliento!

Después prosiguió en estos términos:

— Nadie preguntará por Crotón. Hoy debía salir para Benevento, llamado por Vatinio. Todos le crearán en viaje. Cuando entré con él en esta casa, nadie nos vió, á excepción de un griego que nos acompañó al Ostriano. Os indicaré su habitación, vosotros le traeréis á mi presencia y yo le impondré el silencio mediante recompensa. Enviaré una carta á mi casa anunciando que he partido con dirección á Benevento. Si el griego ha hablado ya con el prefecto, yo declararé que maté á Crotón y que me fracturé el brazo en la lucha. ¡Por la memoria de mis padres, así lo haré! Permaneced aquí tranquilos y no se os tocará un cabello. Traedme inmediatamente al griego: se llama Quilón Quilónides.

— Glauco quedará contigo y la viuda te curará, respondió Crispo.

— ¡Oye lo que te digo, anciano!, replicó Vinicio. Yo te debo gratitud. Pareces honrado y bueno, pero... no dices todo lo que sientes. Temes que llame á mis esclavos y que mande prender á Licia.

— ¡Es cierto!, contestó Crispo con seriedad.

— Pues bien; hablaré con Quilón y le escribiré, delante de todos vosotros, que he marchado á Benevento. Seréis mis únicos mensajeros. ¡Pensadlo bien y no me irritéis más!

Excitábase por momentos y su acento revelaba la angustia que oprimía su corazón.

— ¿Me has oído negar, preguntó á Crispo, que me interese quedarme aquí por su amor? Aunque lo negase, cualquiera advertiría lo contrario. Pero no quiero mo-

lestarla más. Y si no quiere permanecer aquí, me arranco las vendas del brazo, no como ni bebo, y la culpa de mi muerte recaerá sobre ti y sobre tus hermanos. ¿Por qué me habéis curado, en vez de dejarme morir?

Su estado iba empeorando. Licia, que desde la estancia próxima había oído todas las palabras de Vinicio, comprendiendo que era capaz de cumplirlas, tuvo miedo. ¡Él no debía morir! Débil y herido, Vinicio no era ya para ella objeto de terror, sino de profunda piedad. Viviendo desde el día de su fuga entre personas absortas en éxtasis perpetuo y ocupadas en sacrificios y obras de amor al prójimo, se había convertido en una de aquellas vírgenes cristianas que debían más tarde renunciar á todas las vanidades mundanas. De Vinicio conservaba recuerdos que no podían borrarse fácilmente. Por espacio de muchos días había pensado en él, pidiendo á Dios la gracia de poderle devolver bien por mal, de convertirlo á su fe y de salvarle el alma. Creyó que el Señor había oído sus preces y que el instante solemne había llegado. Se acercó á Crispo, y como siguiendo una inspiración secreta, le dijo:

— ¡Déjale permanecer entre nosotros, Crispo! Le asistiremos hasta que Dios le haya devuelto la salud.

El viejo presbítero, acostumbrado á reconocer doquiera la voluntad del Altísimo y observando el rostro inspirado de la virgen, pensó que quizás una voz misteriosa hablaba por su mediación. Inclinando respetuosamente su encanecida cabeza, dijo:

— ¡Sea como dices!

La obediencia de Crispo impresionó vivamente al tribuno, que tenía fijos sus ojos en la doncella, la cual, entre los cristianos, le parecía una especie de sibila ó sacerdotisa, á quien se debía tributar obediencia y veneración. Él mismo se sentía dominado por un profundo respeto hacia la joven. Al amor se unía una expresión de timidez que contrastaba con su proverbial audacia. Pero no podía convencerse de que su situación con respecto á ella había cambiado por completo; que la joven ya no dependía de su voluntad, sino la suya de la de Licia; que estaba enfermo, débil como un niño y no fuerte y poderoso como en otro tiempo. Dado su carácter soberbio, tal dependencia le hubiera resultado insoportable, á no tratarse de Licia; pero así se veía obligado por la gratitud, sentimiento extraño en él. No se daba cuenta exacta de su transformación, antes bien le parecía naturalísima. Se consideraba feliz pudiendo permanecer al lado de su amada, y no pensaba en otra cosa.

Quería manifestar su reconocimiento y notaba algo que no sabía definir y era... la sumisión. Las emociones sentidas le habían abatido hasta el punto de no poder expresar su gratitud más que con miradas, y éstas brillaban, iluminadas por la idea de que la vería constantemente... A su gozo siguió el temor de perder lo que ya había ganado. Tan grande era ese temor, que cuando Licia se le acercó para darle de beber, él, deseando cogerle la mano, no tuvo valor para hacerlo. ¡No tuvo valor! ¡Él, aquel Vinicio que en el banquete de César, á pesar de la resistencia de su amada, la había besado!.. ¡Él, que después de la fuga había jurado cogerla de los cabellos y arrastrarla hasta el *cubiculum* y hacerla azotar por los esclavos!

XXIV

Pero Vinicio temía también que otra circunstancia cualquiera pudiese destruir su felicidad. Si Quilón hubiese comunicado su desaparición al prefecto de la ciudad y á sus libertos, hubiera sido muy probable la intervención de los guardias. Acarició un instante la idea de hacer arrestar á Licia y encerrarla en su casa, pero pronto desistió de tal propósito. Era cruel, osado y estaba pervertido como la generalidad de los hombres de su tiempo; pero no era, ciertamente, ni un Tigelino ni un Nerón. La vida militar le había dejado sentimientos suficientes para reconocer el horror de tal intento. Quizás en un arranque de ira y en el pleno dominio de sus energías hubiera sido capaz de llevarlo á cabo; pero en aquellas circunstancias se sentía débil y abatido. Temía sólo que alguno se interpusiera entre él y Licia.

Observó con sorpresa que, desde el momento en que Licia salió en su defensa, ni ella ni Crispo exigían promesa de protección, como si confiaran, en caso necesario, en una fuerza sobrenatural. El joven tribuno, en cuyo espíritu, después del sermón del apóstol en el Ostriano, la idea de lo posible y de lo imposible se presentaba indefinida y confusa, sentíase inclinado á creer. Reflexionando con calma, recordó lo que Pedro había dicho de los griegos y se avivaron en él los deseos de ver á Quilón.

Crispo condescendió, y de común acuerdo decidieron enviar á Ursus en busca del filósofo. Vinicio, que antes de su visita al Ostriano había mandado con frecuencia, pero inútilmente, á sus esclavos á casa de Quilón, se la indicó detalladamente al licio. Escribió después algunas palabras en una tabla y dijo á Crispo:

— Le doy también el mensaje, porque aquel hombre es suspicaz y desconfiado; muchas veces, cuando le mandé llamar, hizo decir que no se hallaba en casa. Era su costumbre cuando no tenía buenas noticias ó temía mi cólera.

— Si le encuentro, dijo Ursus, poniéndose el manto, le haré venir de grado ó por fuerza.

Encontrar á alguno en Roma era siempre difícil, aun con las señas más exactas; pero á Ursus, que poseía el instinto del cazador y conocía la ciudad y los suburbios, no le fué difícil dar con la casa de Quilón.

Ursus sólo le había visto una vez y de noche; además aquel hombre osado y soberbio, que quería convencerle de que debía matar á Glauco, era tan distinto de aquel griego encogido por el miedo, que nadie hubiera reconocido en los dos tipos á la misma persona. Por esto cuando Quilón se persuadió de que Ursus le consideraba como un desconocido, respiró libremente; la tabla con el escrito de Vinicio acabó de tranquilizarle. Así no había que temer que le hubiesen preparado una trampa. Supuso que los cristianos no se habían atrevido á matar á Vinicio por tratarse de un personaje de tal categoría.

«Vinicio me defenderá en el peligro, pensaba, y no me abandonará.»

Así, pues, repuesto del susto, dijo al licio:

— ¡Buen hombre! Mi amigo, el noble Vinicio, ¿no ha mandado una litera? Tengo los pies deshechos, no puedo dar un paso.

— ¡No!, contestó Ursus. Iremos á pie.

— ¿Y si me negase?

— Sería inútil; debes seguirme.

— Yo te seguiré, pero no porque deba hacerlo. Nadie puede obligar á un hombre libre como yo, á un amigo del prefecto. Soy un filósofo, y tengo dominio sobre otros y puedo cambiar las personas en árboles y en animales. ¡Pero iré, iré! Déjame tomar un manto y un capuz para que no me reconozcan los esclavos de esos barrios; me pararán á cada paso para besarme la mano.

Envolvióse en el manto y cubrió casi todo su rostro con el capuz para que Ursus no pudiera recordar sus rasgos fisonómicos.

— ¿Adónde me conduces?, le preguntó por el camino.

— Al Trastevere.

— Hace poco tiempo que estoy en Roma y no conozco aquella parte de la ciudad; mas creo que allí habrá también personas decentes.

Pero Ursus, que había oído el relato de Vinicio, deteniéndose bruscamente, exclamó:

— ¡No mientas, viejo! Hoy estuviste con Vinicio en el Ostriano y te aproximaste á nuestra casa.

— ¡Ah!, respondió Quilón. ¿Vuestra casa está en el Trastevere? Te he dicho que hace poco que resido en Roma y no conozco los nombres de los distintos barrios. Es verdad, amigo; estuve frente á vuestra casa y supliqué á Vinicio, en nombre de la virtud, que no entrase. Fui al Ostriano, y ¿sabes por qué? Porque me he impuesto la misión de convertir á Vinicio y deseaba que oyese á nuestro santo apóstol. ¡Que la luz de la fe ilumine su alma y la tuya!. Pero tú eres cristiano y anhelas el triunfo de la verdad sobre el error.

— ¡Es cierto!, contestó Ursus respetuosamente.

Quilón se sintió reanimado.

— Vinicio, añadió, es un señor poderoso y amigo de César, pero sabe sustraerse á las influencias del espíritu maligno. No obstante, si alguno se atreviese á tocarle un cabello, César vengaría el ultraje en los cristianos.

— ¡Nos protege una fuerza superior!

— Es muy cierto. Pero ¿qué pensáis hacer con Vinicio?, preguntó Quilón con no poca inquietud.

— No lo sé; Cristo nos recomienda la piedad.

— ¡Muy bien dicho! Piensa siempre así, si no quieres arder en las llamas del infierno por toda una eternidad.

Ursus lanzó un suspiro, y Quilón reconoció que de aquel hombre, que tan terrible le había parecido en el primer momento, podía hacer lo que quisiese.

Deseando saber con exactitud cómo habían ocurrido los hechos, preguntó con el tono de un juez:

— ¿Qué habéis hecho de Crotón? ¡Habla! No me ocultes nada.

Ursus suspiró otra vez.

— Vinicio te lo dirá.

— ¿Lo has atravesado con un cuchillo, ó lo has aplastado con una maza?

— ¡No tenía armas!

La fuerza extraordinaria de aquel gigante impresionó al griego.

— Que Plutón, ¡digo!., que Dios te perdone.

Caminaron un rato en silencio. Después dijo á Ursus:

— No te haré traición; pero ¡cuidado con los guardias!

— Yo temo á Cristo y no á los guardias.

— ¡Muy bien! No hay delito peor que el homicidio. Yo rogaré por ti; pero no sé si mis ruegos serán atendidos, como no hagas el voto de no atentar jamás contra la vida de un hombre.

— Le he matado sin tener tal intención, respondió Ursus.

Pero Quilón, que quería asegurarse, siguió condenando el homicidio, para inducir á Ursus á hacer el voto. Hizo varias preguntas al licio; pero éste respondía de mala gana, repitiendo que todo lo demás lo sabría por Vinicio.

Durante este coloquio habían recorrido toda la distancia que separaba del Trastevere la vivienda del griego y se hallaban frente á la casa. El corazón del filósofo empezó á latir con violencia; el pavor le hacía ver una expresión de maldad en la mirada de Ursus.

«Para mí no es un gran consuelo perecer á sus manos, *sin intención*, pensaba. ¡Ah! Si lo partiera un rayo, y con él á todos los licios. ¡Júpiter, te lo ruego!»

Después se envolvió aún más en su manto, para resguardarse del frío, según decía. Atravesado el primer patio, llegaron al corredor que conducía al jardincillo. Quilón se detuvo y exclamó:

— ¡Déjame respirar! De lo contrario no estoy en el caso de hablar con Vinicio y darle sanos consejos.

Aunque procuraba alentarse á sí mismo, le temblaban las piernas al pensar que se acercaba á aquellas misteriosas personas que había visto en el Ostriano.

Llegó á sus oídos la dulce melodía de un himno.

— ¿Qué es esto?, preguntó.

— ¿Afirmas que eres cristiano y no sabes que tenemos por costumbre bendecir al Salvador después de cada comida?, respondió Ursus.

Miriam y su hijo habían regresado, y con ellos estaba el apóstol, que solía visitar á Crispo y á la viuda todos los días.

— ¡Condúceme pronto á la habitación en donde está Vinicio!

— Vinicio está con nuestros hermanos y el apóstol. Le hemos preparado lecho en la única estancia un poco espaciosa. Entra y descansa un poco.

Entraron. La habitación estaba oscura; las escasas luces, colocadas en distintos ángulos, no bastaban á disipar las tinieblas. Vinicio adivinó, más que vió, la llegada de Quilón, el cual acercándose al rincón en donde estaba acostado el herido, exclamó:

— ¡Señor! ¿Por qué no atendiste mi consejo?

— ¡Calla y escucha!, dijo Vinicio.

Y fijando su mirada en el griego, habló lenta y expresivamente, como queriendo imprimir en la mente de Quilón todas las palabras:

— Crotón se echó sobre mí para derribarme y matarme, ¿comprendes? Yo le maté y esta gente me ha curado las heridas que recibí en la lucha.

Quilón comprendió en seguida que Vinicio hablaba así para no perjudicar á los cristianos, y que con aquellas palabras, que significaban una orden, quería convencer á los demás. Leyó tal deseo en el semblante de Vinicio; así es que, sin manifestar la menor sorpresa ni la más ligera duda, exclamó levantando los ojos al cielo:

— ¡El muy bribón! Ya te había advertido, señor, que no te fiaras de él; pero mis palabras caían en saco roto. Ninguna pena del infierno bastará para castigarle como se merece. Quien no es honrado es un canalla. ¿Y para ése podrá haber

cosa más difícil que ser honrado? ¡Oh!... Asaltar al bienhechor, un dueño generoso..., ¡oh, dioses!

Al llegar á este punto calló, recordando que se había declarado cristiano delante de Ursus.

— Si no hubiese llevado mi puñal, añadió Vinicio, me hubiera matado, indudablemente.

— ¡Bendito sea el instante en que te aconsejé que llevaras contigo un arma!

Vinicio lanzó á Quilón una mirada indagadora y le preguntó:

— ¿Qué has hecho hoy?

— ¿No te he dicho que quería hacer un voto por tu salud?

— ¿Y nada más?

— Estaba pensando en venir á encontrarte, cuando ese buen hombre llegó á mi casa.

— Toma esta tabla. La llevarás á mi casa y la entregarás á uno de mis libertos. He escrito que marchaba á Benevento. Dirás á Demade (y no de mi parte, ¿entiendes?) que una carta urgente de Petronio me ha obligado á partir esta misma mañana. He marchado á Benevento, ¿verdad?, repitió con una mirada significativa.

— Sí, señor; has marchado á Benevento. Esta mañana te he despedido en la Puerta Capena, y desde tu marcha se ha apoderado de mí tal tristeza, que si tu generosidad no se entenece, acabaré por sumirme en el llanto más desconsolador, como aquella pobre mujer de Zeto, atormentada por Itilio.

Vinicio, aunque enfermo y acostumbrado á las ocurrencias de Quilón, no pudo contener la risa. Por otra parte, le satisfizo que el griego le hubiera comprendido tan pronto. Después continuó:

— Añadiré que enjuguen tus lágrimas. Acerca una luz.

Quilón se levantó contento, y aproximándose á la chimenea, separó del muro un hacha encendida. Pero en aquel movimiento, cayéndole el capuz sobre las espaldas, quedó con la cabeza descubierta. Glauco le reconoció y se acercó á él, preguntándole con voz amenazadora, que impresionó á todos los circunstantes:

— ¿Me conoces, traidor?

Quilón alzó el hacha, que su mano trémula no pudo sostener, é inclinándose hasta el suelo, murmuró:

— ¡No soy, no soy yo! ¡Misericordia!

Glauco dijo entonces, dirigiéndose á sus compañeros:

— ¡Este es el hombre que me engañó y que fué causa de mis desventuras y de las de mi familia!

Todos los cristianos y el mismo Vinicio conocían aquella historia. Pero el tribuno no sabía quién era Glauco, porque habiendo perdido el sentido varias veces mientras le curaba, no había oído el nombre del médico. Para Ursus las palabras de Glauco fueron como un relámpago en medio de las tinieblas. Reconoció en seguida á Quilón y en un salto se puso al lado del griego, y asiéndole por un brazo, exclamó:

— ¡Este es el individuo que quería convencerme de que era necesario matar á Glauco!

— ¡Misericordia!, gritaba Quilón. A ti me entrego, señor..., añadió, volviéndose hacia Vinicio, ¡sálvame! ¡En ti confío!... Entregaré tu carta... ¡Sálvame!

Pero Vinicio presenciaba la escena con la mayor indiferencia, pues sabía quién era el griego y su corazón ignoraba lo que era la piedad.

— ¡Sepultadlo en el jardín!, dijo, Otra persona cualquiera llevará mi carta.

Quilón creyó que aquellas palabras eran su sentencia de muerte; y temblando como una hoja entre las robustas manos de Ursus, lloró desesperadamente.

— ¡Por amor de vuestro Dios, tened piedad!, exclamaba. ¡Soy cristiano! *Pax vobiscum!* ¡Soy cristiano! Si no me creéis, bautizadme, bautizadme dos, cien veces! Glauco, aquí hay una confusión: déjame hablar; seré tu esclavo. ¡No me matéis, por piedad!

La voz iba ahuecándose, sofocada por el dolor. Entonces se levantó el apóstol, cuya cabeza encanecida y encorvada por el peso de los años temblaba. Con voz lenta y grave, en medio de un silencio solemne, habló de esta manera:

— El Redentor nos dice: «Si tu hermano ha pecado contra ti, castígale; pero si se arrepiente, perdónale. Y si siete veces al día te ofende y otras siete vuelve á ti, pidiendo misericordia, tú debes perdonarle.»

Glauco permaneció largo rato inmóvil, escondiendo el rostro entre las manos, hasta que, levantando la cabeza, dijo:

— ¡Que Dios te perdone, como yo te he perdonado en nombre de Cristo!

Ursus dejó en libertad al griego y añadió:

— ¡El Salvador tenga piedad de ti! ¡Yo te perdono!

Quilón cayó al suelo, y apoyándose sobre ambas manos, volvió la cabeza, como un animal cogido en el lazo, para ver de dónde podía venirle la muerte. No podía creer en lo que veía, ni esperaba perdón. Los labios, amoratados, le temblaban de terror. Al cabo vino en conocimiento de su verdadera situación.

— ¡Vete en paz!, dijo el apóstol.

Quilón se levantó sin articular palabra. Se acercó al lecho de Vinicio, como para buscar protección, no habiendo tenido tiempo de reflexionar que aquel hombre que había utilizado sus servicios, y que era por lo tanto su cómplice, le condenaba, mientras aquellos á quienes había tratado de perjudicar le perdonaban.

No debió tardar en presentarse á su espíritu la antítesis que ofrecían ambas conductas, pues sus miradas expresaron en seguida dicha sorpresa. A pesar del perdón obtenido, deseaba alejarse lo antes posible de aquella gente misteriosa, cuya bondad le atemorizaba tanto como hubiera podido atemorizarle la más refinada crueldad. Le parecía que, permaneciendo allí más tiempo, podía ocurrirle algo inesperado: así es que con voz débil y trémula dijo á Vinicio:

— Dame la carta, tribuno.

Ya en su poder el escrito, hizo una reverencia á los cristianos, otra á Vinicio, y acurrucándose junto á la pared, salió fuera. En la obscuridad del jardín le invadió otra vez el terror y se le erizaron los cabellos: creía que Ursus, favorecido por las tinieblas, iba á salir de la casa y se lanzaría sobre él para matarle. Quería huir con la velocidad del rayo, pero sus piernas se negaban á obedecerle.

De pronto se detuvo como petrificado. Ante él apareció Ursus en persona.

Quilón se prosternó en el duro suelo y gimió:

— ¡Urbano..., en nombre de Cristo!..

Y Urbano respondió:

— ¡No tengas miedo! El apóstol me ordena que te acompañe hasta la calle para que no te pierdas, y que te lleve á tu casa, si no te bastan las fuerzas.

— ¿Qué dices?, preguntó Quilón levantando la cabeza. ¿Cómo? ¿No me matas?

— ¡No! Y si fui duro contigo y te hice daño, perdóname.

— ¡Ayúdame á levantarme!, dijo el griego. Tú no me matarás, ¡no! Llévame hasta la calle, que luego ya podré ir solo.

Ursus lo alzó del suelo como quien levanta una pluma y lo puso en pie. Des-

pués de atravesar un corredor obscuro y otro patio, llegaron á la calle. En el corredor, Quilón decía para sí: «¡Esto ha terminado! ¡Aquí dió fin mi vida!»

Cuando se vió en la calle, se tranquilizó un poco y dijo á su acompañante:

— Ahora ya puedo irme solo.

— ¡La paz sea contigo!

— ¡Y contigo! ¡Déjame tomar aliento!

Cuando Ursus se hubo alejado, Quilón respiró y se sintió aliviado. Se tentó el cuerpo, como para convencerse de que estaba aún vivo y sano, y apresuró el paso.

— Pero... ¿por qué no me ha matado?

Y á pesar de su conversación con Euricio sobre la doctrina cristiana, á pesar de su coloquio con Urbano junto al río, y á pesar de todo lo que oyó en el Ostriano, no sabía encontrar satisfactoria respuesta á aquella pregunta.